EL LABERINTO,

PERIÓDICO UNIVERSAL.

REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

SUSCRICION EN MADRID.
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º **31**, TOMO II.—LUNES 15 DE SETIEMBRE DE 1845.
La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.

SUSCRICION EN PROVINCIAS.
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscribese en las librerías corresponsales de la casa.

RESUMEN.

Biografía. Sir Roberto Peel.—La Cruz de Oro (continuacion).—Castillos de España.—El Aladardero, *por* D. N. Ezquerra.—Breves réflexiones sobre el socialismo, por D. Sabino de Armada.—Sucesos contemporáneos y Revista teatral.—Sonetos.

BIOGRAFIA.

SIR ROBERTO PEEL.

Bajo auspicios poco favorables á Inglaterra se abrió la legislatura de 1810, en la que se daba á conocer como orador de mérito un jóven de 22 años, miembro de la cámara de los Comunes. Hallábase entonces en su apogeo el astro imperial que debia palidecer y eclipsarse tan pronto: con la victoria de Wagram se habia desvanecido la esperanza de una coalicion nueva: aun no habian sufrido Massena y Soult grandes descalabros en España: acababa de malograrse la espedicion de lord Castelreagh, llenando de luto á Inglaterra, y añadiendo á su deuda pública 200 millones de libras esterlinas: habian visto las arenas de Walcheren á la flor y nata del ejército británico sacrificado á la impericia de lord Chatam y diezmado por la peste: agitábase Irlanda en su miseria: parecia inminente una guerra con América: caducaba cada vez mas el débil cerebro de Jorje III: caia en descrédito el papel moneda, y se distinguia en lontananza el espantoso espectro de una bancarota.

En tal situacion el partido Wigh, derribado del poder hacia mucho tiempo, duplicaba sus esfuerzos por reconquistarlo: con la tenacidad que le distingue se enconaba el partido Tory contra su adversario; mas el ministerio no era fuerte y estaba desunido. Como no alcanzase Canning del monarca la destitucion de lord Castelreagh, habia salido del gabinete despues de cruzar un pistoletazo con su fogoso colega. Abríase tempestuoso el debate sobre la contestacion al discurso de la corona: todos los oradores de la oposicion abrumaban al ministerio, censurándole con violencia la espedicion de Walcheren: Canning por lujo de generosidad, declarando ser estraño á semejante medida, la defendia débilmente. Ya empezaban los torys á mirarle con desconfianza á causa de sus opiniones liberales respecto á Irlanda, cuando vieron con júbilo

levantarse de los bancos del ministerio á un jóven, obscuro todavía, que sin oponerse precisamente á la aprobacion de una enmienda sobre la espedicion de Walcheren, logró defender con fortuna la contestacion al discurso de la corona, contribuyendo en gran manera á que le votase la mayoría. Una cualidad buena tiene la aristocracia inglesa á pesar de su casi insolente orgullo, y es, que nunca la ha animado ese espíritu celoso, adusto y esclusivo de las demas aristocracias: todo aliado que se le presenta, venga de donde viniere, es bien recibido y adoptado por ella, con tal de que reuna fuerza y talento. Al primer golpe de vista conoció todo el partido que podia sacar del nuevo adalid que rompia en su favor su primera lanza: le tendió los brazos, y dos años despues ocupaba sir Roberto Peel el destino de secretario de Estado en los negocios de Irlanda. Desde entonces no ha cesado de agrandarse su posicion política al par que su talento; y ahora en ese obstinado combate entre las ideas nuevas y las ideas antiguas, sostenido allende el canal de la Mancha, el torysmo fraccionado y sin disciplina antes y despues de la victoria, al llegar el momento decisivo de la batalla estrecha sus filas, se agrupa en torno de sir Roberto Peel y obedece á su acento.

Este ilustre hombre de estado es primogénito de un *rico manufacturero de Lancashire*, y nació por el año de 1788 en Tamwort, centro de las operaciones mercantiles de su padre. Este descendia de una familia pobre y obscura, y aprovechando los progresos de la industria algodonera, poseia numerosas filaturas y ocupaba á quince mil jornaleros poco antes de su muerte, ocurrida en 1830, dejando la enorme fortuna de 240 millones de reales. Lejos de renegar de su origen sir Roberto Peel, se envanece de él con una ostentacion que raya acaso en manía, sabiendo que en su pais inspira el rico profundo respeto, y que allí es la pobreza, no solo una desventura, sino tambien un delito.

Destinado el jóven Peel desde su niñez á la vida política recibió una educacion esmerada. Al salir del colegio de Harrow, donde hizo sus primeros estudios, fué enviado á la universidad de Oxford, arca santa donde se conserva intacto el precioso depósito de la intolerancia política y religiosa. Es la enseñanza de Oxford mas teológica que mundana, y por lo mismo insuficiente para formar un hombre de estado: Peel supo desde luego ensanchar el círculo de los estudios escolásticos para brillar como hoy brilla por sus variados y profundos conocimientos. Su instinto grave y su carácter moderado le preservaron de los estravíos juveniles á que le esponia su inmensa fortuna: su vida privada fué siempre intachable: habituado á la idea

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX

que le habia inculcado su padre de estar llamado á llenar una larga carrera, su juventud no vino á ser otra cosa que una preparacion á las tareas y combates que han ilustrado su edad madura. Presentóse á los 21 años en la arena parlamentaria, armado de punta en blanco, con una razon fria, una memoria prodigiosa, opiniones ya formadas, recogidas como una herencia de familia, corroboradas por las relaciones aristocráticas de su padre y por la influencia de los rígidos profesores de Oxford, que contribuyeron á desarrollar en su mente ese espíritu de conservacion, ese respeto religioso hácia las antiguas instituciones de su pais, de las cuales nunca se ha desviado. Si las circunstancias, la elevacion de su entendimiento y la esperiencia de las personas y las cosas le han impelido mas tarde á hacer concesiones á las exigencias de su época, es seguro que jamás ha admitido innovacion alguna sino como un mal necesario.

Cuando disuelto en 1812 el ministerio Perceval, se inauguró Peel en los negocios dirigidos por lord Liverpool, habia quedado como estacionaria la cuestion de Irlanda á pesar de los esfuerzos sucesivos de Pitt, Fox y Canning: Irlanda solo gozaba los derechos de igualdad en los campos de batalla, donde vertian su sangre por defender la causa de Inglaterra. Llamado el jóven secretario de Estado á poner su mano en aquella llaga abierta siempre, se ocupó con mas ahinco en evitar su desarrollo que en curarla. Mas tory, respecto de esta cuestion, que el mismo Pitt, se pronunció desde luego contra toda especie de concesion; y mientras desempeñó aquel puesto, todas sus medidas tuvieron el carácter de rigorosas, distinguiéndose entre ellas la creacion de un cuerpo de gendarmes, conocidos hoy todavía con el apodo de *peelirs* por todos los irlandeses.

Cuando por motivos personales hizo Peel dimision de su destino en 1818, la universidad de Oxford que, á semejanza de la de Cambridge, goza el privilegio de enviar dos diputados al Parlamento, quiso dar á su antiguo discípulo un testimonio de simpatía por sus esfuerzos contra los papistas de Irlanda, honrándole espontáneamente con el título de su representante, y ligándole de este modo con vínculos mas estrechos á los intereses de la aristocracia y de la iglesia.

Al año siguiente, como individuo y secretario de una comision encargada de poner remedio á la situacion rentística del reino, tomó sir Roberto Peel parte activa en las graves discusiones que suscitó este asunto, y dió su nombre á un bill importante, cuyo objeto era establecer un límite á la emision del papel moneda y producir la vuelta gradual de las especies metálicas, revocando el decreto que autorizaba desde 1797 al Banco para no hacer sus pagos en oro.

Despues de la muerte de Jorje III, cuando la mujer de Jorje IV acudió súbito de Roma á Londres para hacer valer en la ceremonia de la coronacion su título de reina y el puesto que le correspondia, originando aquel famoso proceso que dividió los ánimos en Inglaterra, sir Roberto Peel permaneció impasible, y á pesar de las instancias ministeriales, rehusó intervenir personalmente en aquel escandaloso asunto.

Pasada la tempestad consintió el relevar como ministro de lo Interior á lord Sidmouth, y fué en 1822 el principal orador del gabinete, sosteniendo con Canning directa y empeñada lucha. Este último movido siempre por ideas de tolerancia religiosa propuso conceder á los pares católicos romanos el derecho de tener en el Parlamento asiento y voto: combatió Peel esta mocion como contraria á la seguridad de la iglesia dominante; pero fué aprobada por una mayoría de cinco votos. Un suceso imprevisto, el suicidio de Castelreagh, producia algunos dias despues la dislocacion del ministerio, y no obstante la personal repugnancia del rey hácia un amigo de la reina, Canning fué sucesor de Castelreagh en el ministerio de negocios estranjeros.

Tory en la esencia el nuevo gabinete, aunque encerrando en su seno todos los matices del partido, y dividido en las cuestiones mas importantes logró una vida de cinco meses, merced al ascendiente personal de lord Liverpool, su jefe. Se habia convenido en que el ministerio permaneceria neutral en lo relativo á la cuestion de Irlanda, y sin embargo mas de una vez obligó la oposicion á Canning y á Peel á hablar de este asunto en la tribuna y en sentido contrario. A la muerte de Liverpool, ocurrida en 1822, fué llamado Canning á la presidencia del Consejo, y Roberto Peel presentó su dimision con cuatro de sus colegas. Los sustituyó Canning con wighs moderados, y bien pronto se halló al frente de todo el partido tory y de una fraccion del partido wihgs. Vaciló algun tiempo Peel antes de hostilizar á su antiguo compañero de una manera directa; mas su oposicion mesurada al principio y circunscrita á un solo punto, á la emancipacion irlandesa, fué dilatándose poco á poco, se hizo ofensiva, y estrechando al fin con Canning en sus últimas trincheras, acusándole de falta de ingenuidad, se hizo decididamente jefe de la oposicion tory. Despues de la muerte de Canning y de la existencia breve del ministerio Goderich, entró de nuevo en los negocios Peel con lord Wellington en 1828. Empezó aquel ministerio por una derrota, pues habiendo propuesto lord John Rusell la abolicion de dos leyes caidas en desuso, que declaraban incapaces para el desempeño de ciertos empleos á los individuos de las sectas disidentes, combatió Peel esforzadamente la mocion, aprobada al fin por una mayoría de cuarenta y cuatro votos. Sorprendiéronse algun tanto los torys puros al ver á sus dos jefes continuar al frente de los negocios despues de aquel desastre. Fué mayor su asombro todavía cuando vieron á los dos adalides mas intrépidos de la supremacía protestante, á aquellos dos hombres que declaraban un año antes que toda concesion á la Irlanda era peligrosa á la salud del Estado, proponer aquella famosa ley de *emancipacion* que llamaba á la Irlanda á la igualdad civil y política. Cuando sir Roberto Peel se presento en la cámara á esplicar con grandes precauciones oratorias cómo habia creido deber ceder á la actitud siempre amenazadora de Irlanda, despues de enviar á la universidad de Oxford los poderes que de ella habia recibido, su declaracion fué escuchada en las filas de la aristocrácia, del clero, y hasta del pueblo, entre una esplosion de clamores y de injurias. Vinieron á ser de repente objeto de horror los dos ídolos de los torys, y se les llamó á voz en grito *mónstruos*, *traidores*, *Judas*, *renegados*, *papistas*. Hizo Wellington frente á la borrasca con toda la flema de un veterano. Menos indiferente que él sir Roberto Peel á las simpatías, en que adquiria parte de su fuerza, y que habia titubeado antes de arrostrar el peligro, hizo prodigios de elocuencia para justificar aquella ilustre palinodia, aquel gran acto de justicia con el argumento de la necesidad: no respondieron los torys de otra manera que agoviándole de invectivas. Hasta en su familia tuvo Peel dos voces acusadoras: renegaron los profesores de Oxford de su discípulo predilecto, le sustituyeron con un acérrimo tory; algunos de este partido se hicieron radicales de desesperacion. Poco agradecidos los irlandeses á un acto de justicia obtenido por la fuerza, proclamaron en alta voz, sirviéndoles O'Conell de intérprete: «que Sir Roberto Peel, traidor á su partido, no podia ser leal á ninguno.» Ante aquella reprobacion universal, lejos de doblarse el ilustre tory se ostentó en toda su altura: luchó por espacio de un año con milagroso aliento contra una coalicion formidable, reclutada en los opuestos bancos del Parlamento, y estaba próximo á sucumbir cuando la revolucion de Julio vino á dar á los ánimos mas vivo impulso y á ensanchar el terreno del combate.

Trasmitido el grito de reforma á los wighs por el pueblo, resonó bien pronto de un estremo á otro de Inglaterra: los dos ministros torys respondieron á aquel grito con su renuncia. Ascendieron en fin al poder los wighs, y vuelto sir Roberto Peel, vió muy luego á la aristocrácia y al clero, que tanto le habian maldecido, acudir á su lado y rogarle que les defendiese contra el furioso oleaje de la democrácia.

Generoso por carácter y por ambicion, olvidando lo pasado, y mas fuerte que nunca, volvió á presentarse como jefe: á poco, y con motivo del bill de reforma, tuvo principio aquella memorable lucha de los Comunes contra los Lores; lucha que duró diez y ocho meses, y en la que sir Roberto Peel abogó por una mala causa con estraordinario talento, con un valor y una constancia á toda prueba: no obstante fué preciso ceder al número, á la fuerza y al derecho: el bill de reforma se convirtió en ley del Estado: fué disuelto el Parlamento, y verificadas las nuevas elecciones con arreglo á la ley de 1831, observó el jefe del partido con dolor, aunque sin espanto, que las dos terceras partes de su gente habian quedado en el campo de batalla.

Estaba reducido el partido tory á 180 miembros. No por eso decayó de ánimo sir Roberto Peel, antes bien moderado y firme á un tiempo, aceptó los hechos consumados, haciéndoles servir de instrumento al triunfo de sus opiniones. Entonces imaginó una alianza entre los individuos á quienes asustaba el progreso de la reforma y los diseminados restos de la falanje tory, echando asi los cimientos de un gran partido, que bajo una denominacion nueva, le reconoce con legítimos títulos por su jefe. Habia ido á Roma á pasar el invierno cuando en noviembre de 1834 recibió un mensaje del rey (que acababa de despedir ásperamente al ministerio Melbourne) en el cual le invitaba á pasar sin tardanza á Londres para componer y presidir el nuevo gabinete, de que no quisieron formar parte muchos de sus amigos, recelosos de que su duracion seria corta. Hubo de disolver el Parlamento: al pronto parecia dudoso el resultado de las elecciones, favorable á la oposicion segun se vió mas tarde en sus continuos triunfos sobre la presidencia, la contestacion al discurso de la corona y la cuestion de aplicar el escedente de las rentas de la iglesia anglicana en Irlanda á la instruccion de aquel pais. Cayó el ministerio tory á los cuatro meses de formado. Sucedióle Melbourne, rechazado constantemente por la cámara de los Lores desde 1835 hasta 1839; y sostenido en la cámara de los Comunes por una mayoría escasa y flotante, debida ya á los radicales, ya á los votos de que O'Connell disponia. Sir Roberto Peel no le dejó un instante de reposo; dirigiendo siempre el ataque hácia el punto flaco de su enemigo, le combatió especialmente en la calidad de sus aliados. Anunció á las clases medias que el ministerio se dejaba invadir por los radicales y ponia en peligro sus mas caros intereses: anunció á Inglaterra, cuyo seno abriga un odio y un menosprecio interesados hácia Irlanda, que lord Melbourne era el protegido y el humilde servidor de O'Connell, y señaló cada concesion hecha á la Irlanda como un paso á la supremacía del papismo.

Esta hábil maniobra logró el éxito mas venturoso: cada eleccion produjo un voto mas en favor del partido conservador y un voto menos para el partido wigh, hasta que en 1839, con motivo de la presentacion del bill de Jamaica, faltó á lord Melbourne el apoyo de los radicales, y padeció un revés suficiente para inducirle á hacer su renuncia; y sir Roberto Peel, llamado á la presidencia del nuevo ministerio, estaba en actitud de volver á empezar con mas probabilidades de triunfo la empresa abortada en 1835, cuando un estraño accidente vino á obligarle de pronto á aplazar el dia de su gloria.

La jóven reina Vitoria, bien sea porque lord Melbourne es mas amable que sir Roberto Peel, ó porque lord Palmerston se pone mejor la corbata que lord Wellington, ya por otro motivo, es lo cierto que no ama á los torys. Juzgando sir Roberto Peel que esta repugnancia desapareceria acaso con variar la servidumbre de la reina, y obrando como ministro constitucional, creyó conveniente exigir ante todo que la reina despidiese á las damas de palacio: no consintió en ello la soberana de los tres reinos; al dia siguiente sir Roberto Peel dimitia sus poderes, lord Melbourne volvia á tomar los suyos, y en medio de una polémica burlesca, digna del asunto, se volvia á inaugurar la lucha mas viva que ha existido jamás entre los dos grandes partidos que dividen á Inglaterra. Sabido es cómo terminó aquella contienda: sabido es cómo durante cerca de dos años arrastró una vida lánguida, seguida por larga série de reveses; cómo la testarudez de lord Palmerston en Oriente sirvió solo para debilitarle mas, enajenándole el voto de los radicales; cómo despues de haber agotado todos los medios de existencia y de apelar al recurso estremo, cual fué la disolucion de las cámaras, se vió obligado á retirarse delante de la mas imponente mayoría que se ha conocido despues del bill de reforma; cómo en fin sir Roberto Peel á fuerza de perseverancia y de talento, combinando hábilmente la energía con la moderacion, ha sabido en el curso de ocho años reorganizar su partido que parecia para siempre aniquilado, y reconquistar el poder apoyado por las simpatías evidentes del pais, por la cámara de los Lores, y por trescientos sesenta y ocho votos de la cámara de los Comunes.

Conservador sir Roberto Peel en materias políti-

cas y religiosas, ha cedido algun tanto en las últimas, de lo cual hay recientes pruebas; en cuanto á reformas judiciales y administrativas se muestra mas amigo del progreso que un whig. Bajo este aspecto le debe mucho Inglaterra. Hoy comparte con M. Guizot la gloria de dirigir hace largo tiempo un gabinete, venciendo una legislatura y otra en las luchas parlamentarias, propias de los gobiernos representativos.

LA CRUZ DE ORO.

III.

LA EMBOSCADA.

Acababan de desaparecer los últimos reflejos de la tarde, cuando embozado cautelosamente y observando cuanto pasaba en torno suyo, rondaba don Diego el antiguo palacio del noble conde de Alba. Mas de una vez sus ojos dirigieron inquietas miradas á los balcones ó las fijaron en las tortuosas calles que á un lado y otro se cruzaban, mostrando en todos sus movimientos y ademanes, indicios muy claros de zozobra y de inquietud.

La noche era ya entrada y el jóven no se alejó del palacio, pareciendo por el contrario como que redoblaba su vigilancia, pues al menor ruido volvia la cabeza hácia el lugar donde creia escucharle, y aplicaba cuidadoso el oido. La luz de un enorme farol colocado en el fondo del portal del palacio al pié de la escalera, alumbraban únicamente aquellos parajes que á corta distancia se envolvian en lóbrega y medrosa oscuridad. A favor pues de los destellos de estas luces, y procurando no llamar la atencion de las gentes, el mancebo derramaba en derredor su vista siempre inquieta y recelosa, fijándola de improviso en un hombre que embozado tambien hasta las cejas y con las mismas precauciones, venia precisamente en direccion recta hácia su persona. La fuerza de sus recelos llevó por un movimiento involuntario su mano á la empuñadura de su espada, y adelantóse resuelto á averiguar quién era aquel importuno; pero en el mismo instante oyó un leve rumor á sus espaldas, y volviendo la cabeza vió un grupo de gente que deshaciéndose al desembocar en la calle, y colocándose los unos tras los otros sin separarse de la pared, venian igualmente á su encuentro: la lentitud de sus pasos y el profundo silencio que observaban, no le dejaron duda á nuestro héroe de que aquellos hombres eran los mismos cuya presencia temia, y juzgó inútil é imprudente por su parte cualquier demostracion hostil. Asi, pues, ocultóse lo mejor que pudo detrás de las columnas de granito que formaban el pequeño pórtico del palacio del Conde, y desde allí observó con interés profundo cuanto pasaba, sin grave riesgo de ser visto por los demás.

Desde luego notó que el embozado á cuyo encuentro habia intentado salir, no venia solo como antes, sin duda por efecto de la oscuridad, creyó: acompañábale otro hombre de no muy buena traza, y daban tal viveza á sus pasos, que pronto llegaron á las puertas del palacio, en cuyo umbral, deteniéndose el embozado, le dirigió al otro estas palabras.

—No olvides cuanto te he dicho; sobre todo presentaos de tal manera que no sospechen que ha sido cosa acordada de antemano, y aunque me oigais amenazar y me veais resistir, no retroceded una sola línea y cumplid la órden que os he dado.

—Está bien, contestó el compañero.

—Adios: no dudo que sabreis corresponder á mi confianza.

En seguida entró en el palacio el encubierto, y el otro se dirigió hácia la misma calle por donde habia venido desapareciendo completamente.

Al mismo tiempo, los hombres que desde la esquina opuesta se acercaban con sigilosa precaucion, cruzaron por delante de las columnas desde las cuales los veia oculto don Diego; uno de ellos, que al parecer era el jefe de los demás, mandó hacer alto cuando hubieron pasado al frente derecho del edificio, y dijo á los suyos deteniéndose en el dintel de una puerta pequeña:

—Esta es.

Dió entonces tres palmadas, su gente se puso á escuchar con una atencion imponderable, y á poco rato respondieron desde adentro con la misma señal, causando en aquellos hombres un ligero murmullo de alegria.

—Amigos, esclamó el que los capitaneaba; la victoria es nuestra, ya veis como ese *buen criado* ha cumplido su palabra, no perdamos el golpe cometiendo alguna imprudencia, y hagamos este heróico servicio á la comunidad.

—El conde tendrá mucho oro!... dijo uno.

—Tanto, que bien podremos repartir... Silencio; ya nos abren.

Sonó el ruido de una cerradura; despues crugió un cerrojo con estudiada lentitud, y abrióse la puerta penetrando por ella todo el grupo y cerrando tras si con el mismo cuidado.

Cuando don Diego los hubo visto entrar, salió del pórtico, y dejando caer el embozo del ferreruelo con que hasta entonces se ocultára su rostro, quedó durante algunos momentos inmóvil y pensativo con la frente inclinada, los brazos cruzados, y fijos sus ojos en la tierra. Las voces de entrambos encubiertos habian resonado otra vez y en lugar diferente en sus oidos, y las mismas circunstancias que causaban gran parte de sus temores le hicieron conocer quién era el que capitaneaba aquellos hombres.

Respecto del otro, recordaba tambien haber oido el acento de su voz; pero en medio de la agitacion que le dominaba, mal podia don Diego adivinar quién fuese.

Solo sabia que el infame proyecto de que le habló Gutierre en casa del obispo iba á llevarse á cabo, y que como él mismo acababa de oir, un criado del conde se prestaba á auxiliar tan inaudito crimen.

Por otra parte, el embozado que entró por la puerta principal del palacio habló al que le acompañaba de planes sin duda de igual naturaleza.—Todo, en fin, anunciaba próximos y funestos sucesos; todo en esta noche fatal se reunia para introducir en el ánimo del jóven la incertidumbre mas cruel y el mas vivo sobresalto.

Levantó don Diego la vista á los balcones, cuyas vidrieras y espesas celosias tal vez le ocultaban en aquel momento el objeto querido de su alma, y al aspecto sombrío del palacio y á la moribunda luz del farol, luciendo apenas entre las densas tinieblas que en la calle reinaban, sintió en su corazon una tristeza tal que no pudo reprimir un suspiro, fiel intérprete de sus penas, y eco débil de su ardiente deseo.

Pero la idea de los peligros que á Isabel y á su padre rodeaban; el temor de que quizá en aquel momento el puñal asesino y la incendiaria tea brillasen en manos de los que ya habian logrado con entrar gran parte de su intento, despertaron la osadia del jóven, y casi instintivamente puso el pié en la puerta del palacio con el pensamiento dominante de salvar al conde y á su hija; pero tambien por otro movimiento instintivo retrocedió en el mismo instante, consultándose á si propio los inconvenientes de su determinacion, puesto que enemigo político del conde, capitan de las tropas de los comuneros, y partícipe del secreto con que el obispo iba aquella noche á dar cima al triunfo de su causa, apareceria á los ojos de los suyos como un delator cobarde, como un hombre indigno de la confianza que en él habian depositado: sin embargo, el proyecto de Gutierre no era el mismo de don Antonio de Acuña, y un asesinato de aquella especie era un borron eterno para la misma comunidad; y á fuer de caballero, estaba en la obligacion de avisar al mayor enemigo de tramas tan inicuas, si bien luego combatiese con él cuerpo á cuerpo en el campo de batalla: por otra parte, Isabel iba á ser esposa de un hombre que no era él. Su amor, sus esperanzas estaban próximas á perecer de un golpe, y don Diego queria ver á su amada, queria desbaratar con su presencia ese funesto enlace, y cuanto mas reflexionaba, mas creia forzoso, urgente el intentarlo; pero cómo? presentarse de improviso en la presencia del conde á revelarle que atentaban contra su vida, logrando de esta manera introducirse en el palacio, era un medio que repugnaba á su carácter; mejor le parecia conseguir que Isabel supiese su llegada y que le concediese en el acto una entrevista, en la cual, al mismo tiempo que sus quejas, la hiciese presente los riesgos que al conde amenazaban: no habia empero probabilidad de verificarlo, no conocia á ningun criado, á ninguna dueña que pudiese proteger sus intentos, y las horas pasaban, sus temores crecian, hasta el punto de inspirar al mancebo para desvanecerlos una resolucion arriesgada.

Las puertas del palacio permanecian abiertas; nadie al parecer podia negarle la entrada, y consigo llevaba un pretesto plausible en el caso de que fuese detenido por sospechoso.

Volvió don Diego á embozarse en su ferreruelo, calóse el sombrero hasta los ojos y penetró en el edificio: llegó al pié de la escalera, y considerando que aventurándose á subirla sin tomar antes las debidas precauciones pudiera ser arriesgado, se internó por un callejon que habia á su derecha, y bien pronto se halló en un patio de columnas obscuro y silencioso, y en el cual se detuvo para reconocer el paraje y ver si encontraba mejor y mas encubierto camino que le condujese á las habitaciones principales del palacio.

Reinaba á la sazon en ellas una tranquilidad profunda; las vastas galerías que las cercaban repetian de vez en cuando las pisadas de alguno con medroso compás, y al través de las vidrieras y pintados lienzos de las ventanas despedian las luces su fantástico reflejo, desapareciendo fugaces en seguida. Como esos palacios encantados que asustan nuestra infantil imaginacion, y que son generalmente objeto principal de alguna rancia conseja, el sombrío aspecto de aquellos muros tenia un carácter siniestro que la densidad de sus tinieblas aumentaba y difundia.

Aplicando el oido hácia lo interior de los corredores se percibia el eco de voces distintas y sosegadas que salian de un aposento donde se hallaban reunidas tres personas conversando entre si, y las cuales será conveniente conocer desde luego.

Sentada en una banqueta de brazos y al lado de una mesa estaba una jóven, pálida y triste, pero hermosa, de ojos azules y rasgados, de esbelta cintura y graciosos modales, ostentando en su frente todo el encanto y lozanía de sus diez y ocho abriles.

A su lado conversaban dos personajes: el uno de ellos era un anciano de noble aspecto y miradas severas, el cual con reposado tono le dirigia la palabra al otro, que podia tener unos 30 años, y cuyos rubios cabellos y sonrosado semblante no tenian el menor rasgo de los que constituyen el tipo de los hijos de Castilla.

La jóven por su parte, sin alternar en la conversacion, la escuchaba con profundo interés; pero dominada por un pesar mas profundo todavía, y temiendo que sus ojos lo revelasen, teníalos fijos en la alfombra que entapizaba el aposento, reprimiendo contínuamente, ya un amargo suspiro, ya un movimiento involuntario, producido en su alma por esta ó aquella frase de los dos interlocutores.

Recostado el primero en su poltrona, y el segundo sentado con rigorosa inmovilidad en un taburete, rara vez se volvian hácia la jóven para consultar el resultado de ninguna de las cuestiones que en su diálogo se cruzaban. Solo el anciano al oir de los labios del otro personaje ciertas palabras pronunciadas con estudiado acento, la miró lenta y cuidadosamente esperando en vano que ella se dispusiese á contestar.

—Ya veis, señor conde... — dijo el mas mozo : — vuestra hija guarda silencio.

—El cambio repentino que el próximo enlace ha de producir en su estado embarga naturalmente su ánimo, y la impide disculparse de vuestra galante acusacion; pero Isabel sabe cuánto su padre la ama, y estoy seguro que habiéndoos yo elegido por su esposo, depositará desde luego en vos todo el cariño y la confianza que hasta ahora su timidez y su carácter no le permiten demostraros: no es cierto, hija mia?... el señor baron de Alburg tendria sumo placer en oirlo de tu propia boca.

La jóven no halló medio de rehusar este compromiso, ó no tuvo valor para ello, y colorándose de repente sus mejillas, murmuró ruborizada:

—Padre mio.... el señor baron no debe dudar de... que cumpliré todos vuestros deseos.

—Lo sé, Isabel; lo sé, y tu obediencia es la prenda que miro en tí mas gustoso. Señor baron, concediéndoos la mano de mi hija, os doy una prueba muy grande de lo que estimo vuestra nobleza y los servicios que tanto en Flandes como en España habeis

prestado y prestais al soberano; pero, creedme; sin otro recreo ni otros goces en el mundo mas que mi Isabel, me cuesta un inmenso sacrificio separarla de mi lado, verla partir lejos de estos lugares, y quedarme solo en medio de las tormentas y borrascas que nuestras discordias civiles nos preparan.

—Ah, padre mio! — dijo doña Isabel creyendo vislumbrar alguna esperanza en las palabras de su padre. — Separarme de vos es imposible!

—Y realmente, la respondió el conde de Alba, que es el anciano que ya conocen nuestros lectores: — realmente de un año á esta parte que entraste al servicio de la reina no hemos estado ausentes el uno del otro? Vamos, consuélate, pensando que no será muy larga nuestra separacion.

—Y aun así, — prorumpió el baron, — yo protesto que si no hubiese pasado tanto tiempo lejos de Flandes; si mi ausencia no fuese ya reprensible á los ojos de mi patria cuando, como vos no ignorais, reclaman allí sus intereses mi persona, desde luego renunciaria á mi viaje por complacer á doña Isabel; y aun si ella insistiese en quedarse...

—Nada de eso, repuso el anciano, — la mujer debe acompañar á su marido, y los sentimientos filiales deben combinarse cuerdamente con los deberes de esposa. Isabel os seguirá á Flandes, y su regreso compensará, con el placer que cause en mi corazon, todo cuanto yo en mi soledad haya sufrido.

—A Flandes! murmuró la jóven con acento apagado y doloride.

Al mismo tiempo sonaron pasos en los corredores, y se presentó á la puerta del aposento un hombre de vulgar presencia, moreno de rostro, y en cuyo traje indicaba estar al servicio de las armas.

—Señor conde, dijo al anciano con voz sonora y un tanto respetuosa, — perdonadme si vengo á interrumpiros contra las órdenes que me teneis dadas; pero acaba de presentarse en palacio un desconocido que con vivas instancias, y alegando lo urgente de su encargo, solicita le concedais audiencia.

—A estas horas? esclamó el conde con estrañeza.

—Será algun impertinente — añadió el baron.

—Quién sabe! Tal vez nos traiga noticias del condestable ó de los señores del Consejo: bueno será recibirle. Perote, condúcele aquí como desea.

Perote, que así se llamaba el hombre que el recado trajera, volvió á salir en el instante.

—Isabel, dijo el conde á su hija, puedes retirarte á tu cuarto: dentro de media hora te aguardo en el mio para orar antes de recogernos.

Besó el de Alba la frente de la jóven, y ésta levantándose en seguida se fué de la habitacion por una puerta que á la derecha y cerca de un balcon habia.

No tardó en aparecer el recien llegado envuelto en una capa larga, sujeta al cuello por un broche de acero, y casi cubierto el semblante con la espesa barba, que apenas dejaba entrever sus mejillas. Al llegar hizo una profunda cortesía y quedóse parado observando el efecto que su llegada habia causado en los otros personajes.

El conde le miró á su vez atentamente y le preguntó con noble afabilidad. — Quién sois?

—Un vasallo leal del emperador.

—Vuestro nombre?...

—No os es conocido, y creo inútil decirlo.

—Entonces, cómo os he de escuchar, cuando de esa manera rehusais?....

—Es que mis palabras bastarán por sí solas á interesaros mucho.

—Acabad de una vez, — esclamó el baron con altiva impaciencia.

—Vuestro acento, dijo volviéndose á él el desconocido, me indica que sois estranjero, y por las noticias que esta tarde me han dado, debeis llamaros el señor de Alburg, prometido esposo de...

—Cualquiera que seais, prorumpió el conde cortando á aquel hombre su discurso, — os prevengo que lo avanzado de la hora no me permite aguardar mucho vuestro mensaje.

—Mi mensaje será breve.

—Esplicaos. *(Se continuará).*

CASTILLOS DE ESPAÑA.

Castillo de San Cervantes. — Cerca del celebrado puente de Alcántara, sobre el rio Tajo, en la imperial ciudad de Toledo, hay una eminencia de bastante aspereza, dominada por un castillo medio arruinado, es el que se llama de San Cervantes, corrompido su primitivo nombre de San Servando, advocacion que

Castillo de S. Cervantes.

tuvo el célebre monasterio cluniacense, sobre cuyos restos se levantó la fortaleza casi inexpugnable en los tiempos de su construccion primera. A este castillo van unidos antiguos recuerdos.

Al añadir Alfonso VI en 1085 á sus timbres el de la conquista de Toledo, tuvo particular esmero en restablecer la religion en una ciudad, patria de santos varones: con este fin, despues de restaurada la Silla primada de Toledo y de reorganizado su cabildo, compuesto en gran parte de franceses que le habian prestado su ayuda para plantear el rito latino, quiso fundar un célebre monasterio en el punto que habia sido principal baluarte de la gente mora. Era por entonces legado de la Silla apostólica el cardenal Ricardo, el cual dió á los monges de aquel monasterio el instituto cluniacense, y tardó en poblarse de monges llegados de Sahagun, y de jóvenes que acudian á tomar el hábito desde la comarca vecina. Por hallarse construido en sitio espuesto á invasiones enemigas atrincheró el monarca su recinto con espesos muros y altas torres, y un castillo cercado de ancho foso. Se dió al monasterio el nombre de San Servando y San Germano en conmemoracion de que el dia de su festividad, en 1086, estuvo el rey don Alfonso á punto de perecer en la batalla de Badajoz, ganada por los Almoravides africanos. Hízole muchas donaciones y le concedió grandes privilegios, cuya relacion fuera demasiado prolija.

Pocos años de sosiego gozaron los pacíficos moradores de San Servando, porque en 1099 cayó sobre la ciudad el hijo del emperador de Marruecos con numerosa hueste de Almoravides, y aunque repelido de sus muros en uno y otro asalto, destruyó cuanto habia en las cercanías, incendiando el monasterio. A poco llegó el rey, pudo contener el estrago, y reedificó lo destruido, añadiendo nuevos reparos y fortificaciones á tan religioso asilo; mas como se multiplicasen las invasiones y rebatos, obtuvieron permiso los monges para retirarse del edificio, pasando sus rentas al arzobispo de Toledo.

Notable se hizo el castillo, ocupado despues por valerosos adalides que defendieron sus muros con gran pujanza en el año de 1110, reinando ya don Alfonso VII, á tiempo de ser atacada la ciudad por Alí Aben Juceph, y de hacer infructuoso el ataque Albar Fañez Minaya con sus acertadas disposiciones y su imponderable bravura.

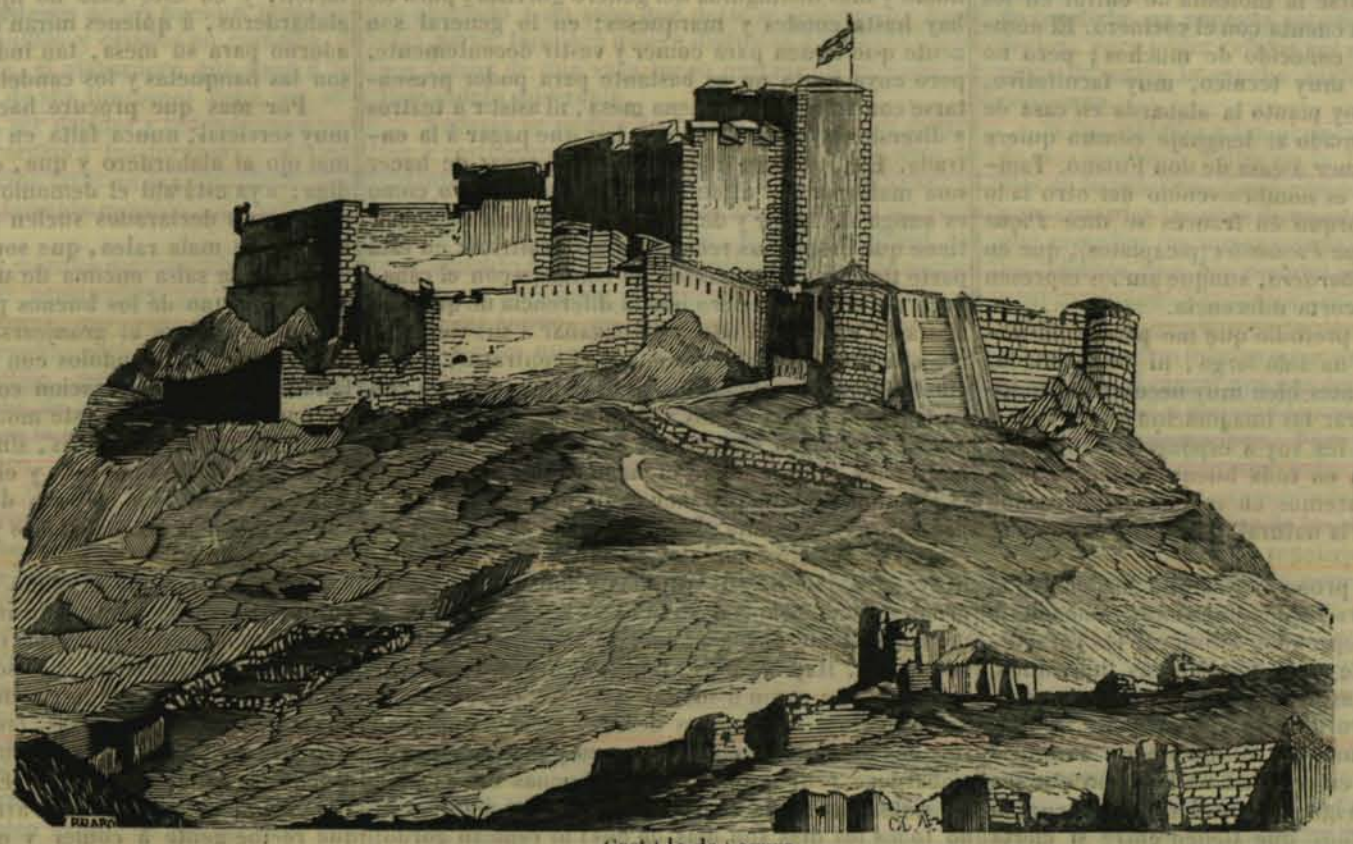
Otra vez fué expugnado el castillo en 1121: á fin de evitar tan frecuentes acometidas, dispuso Alfonso conquistar la plaza de Aurelia, situada al oriente de la ciudad, y fué en persona á mandar el asedio: entretanto acometian los moros á Toledo, donde se hallaba la reina doña Berenguela, por cuyos respetos se retiraron los sarracenos cediendo á un noble impulso de galantería.

Ya entonces se hallaba muy estendida por España

la órden del Temple, y una de las fortalezas que Alfonso VIII confió á sus caballeros fué la de San Servando, gozando de la mayor parte de las rentas concedidas al antiguo monasterio hasta su total estincion, ocurrida en el siglo XV.

Abandonado y sin destino alguno quedó aquel sitio, hasta que siendo arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio construyó, de acuerdo con el ayuntamiento, la fortaleza que hoy se vé casi arruinada. Aun conserva el castillo tres lienzos de su antigua fábrica, flanqueados por gruesos torres, almenadas, cuyos muros tienen aun parte de sus aspilleras y barbacanas, subsistiendo ademas varios sótanos y salas embovedadas de la mejor construccion de aquel tiempo.

Castillo de Segura.—Ciertamente hay en España



Castillo de Segura.

pocos monumentos de esta clase conservados como esta antigua fortaleza. Construido por un gran monarca, lo calificó con estraordinario acierto de posicion *segura* y propia á atajar el triunfante paso de los enemigos de la fé cristiana. Así aconteció en efecto, y de esta circunstancia tomó el nombre con que todavía es conocido. Domina los inmediatos montes los espesos pinares y los agrestes valles por donde resbala el Vevel con su caudalosa corriente. Este castillo, célebre en los tiempos antiguos, no lo ha sido menos en la guerra de la Independencia y en la última lucha civil, aun despues de celebrado el convenio de Vergara.

Castillo de Castellote.

Castillo de Castellote.—Análogo es el orígen y semejante la historia de esta fortaleza, siendo de notar, que despues de tomarlo el general Espartero, pidió innumerables gracias para los que habian asistido á aquella jornada, lo cual hizo que tres ministros renunciáran sus puestos, y entre ellos el malogrado Montes de Oca.

EL ALABARDERO.

No crean Vds. que me voy á ocupar de esos veteranos que, ahora con sus sombreros de tres picos y sus alabardas, marchan tan pausadamente al son del pito como cuando llevaban gorras de pelo y carabinas con su cruz de terciopelo carmesí y galones de plata: es gente á quien tengo mucho respeto, sobre todo desde que tiraron tanto divino balazo en el real palacio. Tambien debian ser muy respetables los alabarderos (*Die trabanten*) de Cárlos V; es decir, Cárlos I acá en España, porque los alemanes hacen mucha mencion de ellos en la historia de las guerras de Flandes. Yo no quiero nada con gente de guerra, porque hace mucho tiempo que he echado armas á tierra al frente. Los alabarderos de que voy á tener el honor de ocuparme es gente muy pacífica, enemiga de todo derramamiento de sangre humana; no sirven para atacar plazas fuertes, y por no gustar de cosa de pólvora, no asisten siquiera á funciones donde se tiren cohetes.

Nuestro alabardero es un personaje muy conocido en la alta sociedad, entendiendo por alta sociedad aquellos privilegiados que tienen buena mesa, y que hacen partícipes de ella á otros humanos que no la tienen tan buena en su casa. No hay duda que los personajes que *dan mesa* son gente de gusto, y digna de toda alabanza y fama póstuma, aunque no fuese mas que por el fomento que han dado á la poesía; porque eso de que se han de hacer buenos versos á la luz de un candil y con la tripa vacía, *nequaquam*; no cuadra bien con la desaparicion de los sopistas. Los buenos versos proceden de los vapores del estómago, rociados con cuatro copas de Champagne y otras tantas de Jerez. Si algun candil ha dado alguna

vez buenos versos, habrá sido porque, mientras los enjaretaba, estaba pensando el poeta en que le habian de valer, por lo menos, una buena comilona.

Por lo que me voy insinuando irán Vds. conociendo que mi alabardero es hombre amigo de comer bien, pero sin tomarse la molestia de entrar en los detalles de ajustar la cuenta con el cocinero. El nombre tal vez no será conocido de muchos; pero no por eso deja de ser muy técnico, muy facultativo, y muy español. «Hoy planto la alabarda en casa de don Fulano»; traducido al lenguaje comun quiere decir: hoy voy á comer á casa de don Fulano. Tampoco nos dirán que es nombre venido del otro lado de los Pirineos, porque en francés se dice *Pique assiettes*, ó en síncope *Picasiettes* (picaplatos), que en nada se parece á *alabardero*, aunque ambos espresan la misma idea con corta diferencia.

Despues de este preludio que me parece no podrán Vds. decir que ha sido largo, ni descabellado, ni fuera del caso, antes bien muy necesario é indispensable para preparar las imaginaciones de Vds. á recibir las ideas que les voy á esponer y manifestar, como se acostumbra en toda buena oratoria, hasta en las córtes; entraremos en materia, empezando con su poco de historia natural, pues así lo requiere el asunto.

El objeto que se proponen los que se dedican al estudio de cualquiera de los diferentes ramos de la historia natural, es aprender á conocer los caractéres y propiedades de cada uno de sus individuos, para irlos despues clasificando y ordenando en grupos, segun el número de estas propiedades que les sean comunes, viniendo por último á parar al individuo aislado, porque en realidad no hay uno que sea exacta y enteramente igual á otro. La suma ó reunion de todos los individuos que tienen entre sí cierta analogía, constituyen un grupo principal, el cual se divide despues en otros grupos subalternos, y cada uno de estos en otros, y así sucesivamente; separando y circunscribiendo de este modo los individuos que mas se asemejan unos á otros, sin poder decir, sin embargo, que sean totalmente iguales bajo la acepcion del lenguaje matemático.

Esta clasificacion y subdivision de grupos reciben diferentes nombres, segun el capricho ó imaginacion de los naturalistas. Los términos mas usados son *órdenes*, *familias*, *grupos*, *géneros*, *especies*, *subespecies y variedades*. Lo aclararemos con un ejemplo. En la *conchiologia*, v. gr., se consideran tres grandes grupos ó secciones, las *univalvas* ó de solo una concha (vulgo *caracoles*), las *bivalvas* ó de dos conchas y las *multivalvas*. Las univalvas se dividen en una porcion de familias; una de ellas, por ejemplo, se llama *Gasterópoda*. á la cual unos autores subdividen en cuatro y otros en ocho géneros: uno de estos géneros es de los *Calyptráceas*, que consta de varias especies, tal como *crepidula*, *calyptrácea*, *cápulus*, *fiscurella*, etc., y que todas ellas corresponden á lo que en nuestros puertos de mar llaman *lapas*.

Con arreglo á estos principios, los hombres físicos, ó sea los hombres considerados en la historia natural, son clasificados en *castas*, *razas* y *familias*. Yo creo que el hombre moral podria tambien estudiarse de un modo análogo ó semejante, y que se obtendrian resultados muy interesantes para cierta clase de ciencias: esplicaré mi idea, y otros mas entendidos que yo podrán ampliarla y darle mayores aplicaciones.

Prescindiendo de los ladrones, que los hay de muchas categorías, clases, especies, sub-especies y variedades, hay en la sociedad una clase de hombres que gustan de vivir á costa del prójimo y sin trabajar, los cuales, segun mi plan, deben constituir el género *gorristas*, cuyo género comprende las especies de *petardistas*, *caballeros de industria*, *pegotes*, *alabarderos*, *frailes*, etc. Este género del hombre moral se puede comparar muy bien con el citado de las *Calyptráceas* ó *Lapas*; en primer lugar, porque todas las calyptráceas tienen la forma de un gorro puntiagudo mas ó menos perfecto; y en segundo lugar, porque todas ellas se pegan ó adhieren á las peñas musgosas, de tal modo, que es menester una navaja ó cuchillo para arrancarlas; cuidado con que se le pegue á Vd. un gorrista, sea de la especie que quiera, que ya le ha de costar trabajo el desharcerse de él. El *alabardero* lo comparo yo á la fiscurella, porque es la mas fina y la mas pulida de todas las lapas. Vamos á describirlo científicamente y con arreglo á principios de historia natural.

El alabardero es sin duda ninguna la especie mas noble y mas distinguida del género gorrista, pues los hay hasta condes y marqueses; en lo general son gente que tienen para comer y vestir decentemente, pero cuya renta no es bastante para poder presentarse con lujo, tener buena mesa, ni asistir á teatros y diversiones públicas en que hay que pagar á la entrada. El verdadero alabardero es incapaz de hacer una mala partida ni de estafar á nadie; pero como es amigo de bullir y de lucir en la buena sociedad, tiene que buscar sus recursos y sus arbitrios: en esta parte tiene algunos puntos de contacto con el caballero de industria; pero hay la diferencia de que este aguza su entendimiento para engañar á sus víctimas, cuando nuestro alabardero, por el contrario, si recibe algunos beneficios los paga y los remunera con su trabajo, como vamos á demostrar.

El verdadero alabardero suele vivir en casa de huéspedes, ajustado por la habitacion, asistencia y el almuerzo; algunos tienen cama propia, que siempre es una economía. Come siempre en casa ajena; este es su principal carácter distintivo, y lo que constituye el *objeto de sus estudios y de sus afanes*: el problema es encontrar siete casas de personas acomodadas donde poder *plantar la alabarda* un dia á la semana. Hay algunos *Amphytriones* ó *señores de mesa* que, en razon á sus cortas relaciones, comparativamente á sus buenos deseos, pueden suministrar dos dias á la semana. Tampoco puede siempre el alabardero proporcionarse siete buenas mesas para los siete dias de la semana; pero cómo ha de ser, no todos los dias son dias de misa ni repican gordo; lo malo es cuando hay que ir á la fonda por efecto de una falsa combinacion. Para semejantes casos desgraciados se tiene siempre una fonda barata donde sirvan bien; en mis tiempos la mas concurrida era la de la calle del Carbon, á seis reales vellon; y dando un real de propina al mozo se comia perfectamente.

Por lo dicho se infiere desde luego, que el alabardero debe ser hombre de estómago fuerte y robusto, porque en unas casas se come á las cuatro, en otras á las cinco, á las seis, y aun á las siete; y no es eso lo peor, sino que muchas veces se retrasa la hora de costumbre, y los convidados desfallecen antes de ponerse á la mesa. Ademas, unos cocineros (ó cocineras) guisan soso, otros salado, con muchas especias, con mucho vinagre, con mucha grasa, etc., etc., segun su ciencia culinaria, y segun el gusto de sus amos y de la provincia á que estos pertenecen: para que no hagan impresion en la economía animal todas estas variaciones y alteraciones, es menester tener un estómago hecho á prueba de sarten y de cacerola, y el que no goce de este privilegio, bien puede dejar el oficio y buscar otro mas adecuado á su complexion. El alabardero no cena, aun cuando haya comido á las dos de la tarde, y con esta higiene se ahorra muchos cólicos.

Como ya hemos indicado, la gran ciencia del alabardero consiste en procurarse siete casas donde repartir los siete dias de la semana, y comportarse en cada una de ellas de modo que, no solo no canse ni fastidie á los señores, sino que sea bien recibido y aun deseado. Pero ahí está la dificultad; cómo captarse la voluntad, y cómo caer en gracia á siete familias diferentes cuyos individuos tienen cada uno su carácter particular, y á todos ó casi todos es menester tenerlos contentos. Claro es que el pobre alabardero tendrá que sufrir mil impertinencias, y hacer muchas veces de tripas corazon, á menos que no sea un descarado y sin vergüenza, en cuyo caso es un alabardero abyecto, y no es el tipo de que nos estamos ocupando. Si hay chiquillos en la casa debe saber divertirlos y hacer que no lloren; si hay perritos tiene que aguantar sus ladridos y aun sus mordiscos; si hay señoritas es menester que sepa hablar de modas y de *soirées*; si hay viejas es preciso ayudarles á murmurar de la generacion presente; si hay buena moza en la casa..... pero no, en metiéndose á cortejo ya deja de ser alabardero. Lo que es el amo de la casa, dicho se está que es menester tenerlo contento y seguirle su genio y su inclinacion, cosa que no es tan difícil de conseguir como aparece á primera vista, porque los personajes que dan de comer, ó son unos insulsos que con cualquiera cosa se les tiene entretenidos, ó son personas que por su alta clase se ven precisados á sostener cierta ostentacion, y en este caso no fijan la atencion en sus alabarderos, á quienes miran como unos muebles de adorno para su mesa, tan indispensables, como lo son las banquetas y los candelabros para los salones.

Por mas que procure hacerse el amable y ser muy servicial, nunca falta en la casa quien mire de mal ojo al alabardero y que, en viéndole entrar, no diga: «ya está ahí el demonio del pegote.» Los enemigos mas declarados suelen ser los criados, y los hay de tan mala ralea, que son capaces de derramar un plato de salsa encima de una casaca nueva. Por esta razon uno de los buenos principios de la ciencia del alabardero es el granjearse la voluntad de ciertos criados, saludándolos con afabilidad y aun gastando algo de conversacion con ellos cuando se les encuentra al paso. De este modo se consigue, no solo evitar las averías indicadas, sino tambien que cuiden no se estravíe el sombrero y el paraguas, y que acudan con buen vino al vaso del alabardero cuando hay abundancia de convidados y que el servicio anda algo apurado.

Ya ven Vds. que el oficio es bastante trabajoso, porque no se ha de ir únicamente á las horas de comer; es menester hacer sus visitas periódicas, aunque no sea mas que las que se llaman de estómago agradecido, y para adquirir cierta confianza en cada una de las diferentes casas, las visitas tienen que ser algo frecuentes, y por consiguiente hay que pasear mucho las calles de Madrid. El alabardero legítimo anda siempre inquiriendo y averiguando quién es el que recibe gente á comer y quién es el que tiene mejor cocinero: despues de sabido esto, entra el buscar relaciones para ser presentado en la casa y hacer de modo que lo cuenten en el número de los privilegiados, y para conseguirlo, es menester emplear tiempo y aguzar el entendimiento. Alabarderos tan finos conozco yo, que no se libra de su masticacion ninguna mesa de Madrid, de Cádiz, ni de Sevilla; á cuyas dos últimas ciudades hacen sus escursiones de cuando en cuando, y cuidado que no son andaluces ni tienen por allí otras fincas que las mesas de sus amigos.

Tambien hay algunos alabarderos que no se contentan solo con comer de gorra, sino que ademas pasean en coche y van al teatro y á los toros á costa de los mismos *Amphytriones* ó señores de mesa. Este sí que es un trabajo que no es dado á todos el poder desempeñar debidamente, porque, el tiempo que se emplea en estos goces hace falta despues para cumplir con las demas obligaciones. Si es señora la que se acompaña en coche, ademas de las atenciones debidas á su sexo, hay que cargar con el chal, el ridículo y el perrito faldero ó el galguito inglés: pues digo, si la señora es gruesa, como hay tantas en Madrid, y tiene que darla el brazo y ayudarla á subir y bajar del coche! Afortunadamente que estos servicios se suelen hacer despues de comer, y por consiguiente hay mas vigor y fuerza en los músculos. Si es caballero el que hay que acompañar en coche, ya la cosa es mas llevadera, digo, como no sea un señor mayor, que solo guste de pasear por el Chamberí y por la ronda de la puerta de Toledo. Para el teatro, se dá por sentado que hay palco abonado en la casa: aunque ahora con esa moda que han sacado en el Circo, no se escusa el pagar la peseta de entrada: tambien la costumbre que han adoptado de abonarse entre dos ó tres familias ó reunion de amigas, complica mucho la contabilidad del alabardero, porque seria muy casual el estar en buenas relaciones con las personas que componen los tres turnos. Por descontado que el alabardero llega al teatro media hora antes de empezar la funcion, pide la llave al acomodador, abre la puerta del palco, arregla las sillas y ahueca los almoadones: cuando lo tiene todo arreglado, se sienta en primera fila y echa el lente para ver y que le vean los y las que van entrando en el teatro; pero cuando llegan los verdaderos propietarios del palco tiene que retirarse á segunda fila, y, si acude mucha gente, pasa á la silla alta, y por último se queda en pié junto á la percha, entre las capas y los sombreros. En los toros por fin no es mucho pe-

gote porque los palcos son grandes, y, cuando entran en ellos los lacayos, bien puede haber cabida para un pobre alabardero en tercera fila; ademas, en los toros no parece mal el que el palco esté lleno de gente; al contrario que en el teatro, que no suelen pasar de seis personas, excepto en las bodas de los barrios bajos, forasteros de los pueblos inmediatos á Madrid, y chiquillos y criados en comedia de mágia. Por otra parte, el alabardero que vaya á los toros, en el ejercicio de sus funciones debe ser aficionado é inteligente, ser decidor y tener buenos pulmones para gritar picardías á los toreros, y de este modo, no solo no recibe favor en ser convidado, sino que paga muy sobradamente el palco, el coche y la mesa.

Caractéres físicos y morales del alabardero. Arreglándonos á lo que se acostumbra y á lo que conviene en historia natural, por aquí era por donde debiamos haber empezado; pero yo prefiero el método analítico al sintético, porque lo tengo por mas filosófico, y en prueba de ello, yo apostaria cualquiera cosa á que, con lo que llevo dicho de las costumbres del alabardero, á cada uno de Vds. se le figura ya que lo está viendo, y que seria capaz de distinguirlo y reconocerlo, no digo en el ejercicio de sus funciones, que eso no tendria maldita la gracia, sino en medio de un tumulto de gente, en el paseo del Prado, en las ferias ó en el entierro de la familia de Safon. A pesar de esto, para rectificar las ideas que hayan podido formarse equivocadas, voy á presentar facultativamente sus caractéres diferenciales.

Los alabarderos no se puede decir que son altos ni bajos, flacos ni gordos; los hay de todos tamaños y de todos calibres; sin embargo, por lo general no son ni muy altos ni muy gordos. Tampoco son muy jóvenes; siempre suelen pasar de los treinta, y es claro, antes de esa edad no se puede tener la experiencia necesaria para conocer el mundo y tratar con tanta diversidad de gentes; y luego tambien, antes de dicha edad es muy fácil tropezar con unos ojillos negros, ó azules, que dén con todos los planes al traste y que hagan olvidar hasta el que hay necesidad de comer, cuanto ni mas esa série de cábulas y combinaciones; y si los dichos ojillos son un poco celosos, como es lo natural, ya no consienten en que se ande de visitas de una parte para otra. Tampoco el alabardero puede ser muy viejo porque, como ya hemos visto, necesita agilidad, robustez y un estómago á prueba de bomba. Sea de la edad que quiera, y de mas ó menos calibre, el alabardero es risueño y festivo, vá siempre muy aseadito y muy curioso: la ropa, no precisamente á la última moda del dia, pero todo lo mas con dos ó tres años de atraso, en cuanto no choque á la vista. Lo que es camisa limpia y muy fina, eso sí; buena corbata ó pañuelo del cuello, buen chaleco, y en general buenas todas las prendas que los militares llaman de medio vestuario. Afeitarse todos los dias, y aun dos veces al dia en tiempo de verano, es cosa que no cuesta mucho dinero; las manos limpias y bien arregladas las uñas; pero nada de olores ni de perfumes, porque se puede tropezar con alguna remilgada que padezca de jaqueca ó de los nervios: por la misma razon tampoco debe fumar, á menos que no sea de gorra, y eso muy rara vez.

En cuanto á los caractéres morales, parece que el alabardero debe ser un hombre amable, complaciente, servicial, de buena conversacion, y un poquito murmurador, que es la salsa de la sociedad en este pícaro mundo. Efectivamente, estos son los caractéres morales de casi todos los alabarderos; pero cómo querran Vds. creer que hay algunos que son adustos, regañones y hasta groseros: que tratan con malos modos á sus amphitryones, que reprenden á los criados, que ponen faltas á la comida diciendo que está escasa ó mal condimentada, que el café no está bien hecho; en una palabra, tratan á los amos de la casa como si estos fueran los que recibieran los favores y los convites. Es un pasmo el oirlos cuando dicen: «este fricasé no se puede comer, está enteramente echado á perder: habian Vds. de ver

sino que los alabarderos de esta sub-especie, cuyos ejemplares en honor de la verdad son muy escasos, son los mejor recibidos, los mas obsequiados y los mas agasajados. Ya se vé, el pobre Amphytrion, que como ya hemos dicho es un buen hombre, cuando vé aquel descaro y aquel cambiar los frenos, se queda aturdido y no sabe qué decir ni qué hacer; y por otra parte, tampoco quiere disgustar á aquel hombre, por temor de que vaya luego quitándole el pellejo y llamándolo miserable.

Todavía se podria decir algo mas sobre el carácter y costumbres del alabardero, pero serian solo incidentes accidentales que no darian mas luz sobre su carácter genérico y específico. Lo único que me resta añadir por conclusion es que, si por casualidad cae este artículo á la vista de algun alabardero, le suplico que no se incomode ni lo tome por ofensa, que no es ese mi ánimo, asi Dios me salve. Ya he dicho en un principio que, el alabardero es la especie mas noble de los gorristas, y que es gente acomodada y que lo podria pasar decentemente, si no fuera por el afan de figurar mas de lo que alcanzan sus fuerzas; y para acabarle de tranquilizar, le diré en confianza y sin que nadie lo oiga, que yo tambien en mis tiempos he tenido pretensiones de ser alabardero, pero tal vez me han faltado los talentos necesarios para ejercer debidamente tan noble profesion. Pretendientes á alabarderos hay muchísimos en la sociedad, y si no llegan á serlo, no es por falta de voluntad y buenos deseos, sino por falta de disposicion y de las dotes naturales que para ello se requieren.

EZQUERRA.

BREVES REFLEXIONES SOBRE EL SOCIALISMO.

A poco que se fije la atencion en la marcha social del siglo en que vivimos, á poco que se reflexione y se medite sobre los sucesos que á nuestra vista están pasando, se conocerá fácilmente que nuestra época es una época de lucha, que nuestro siglo es un siglo de transicion, esto es un axioma, una verdad incuestionable. La sociedad actual está herida de muerte; la sociedad actual es un edificio que se arruina, porque arruinados yacen sus cimientos. Ese violento desasosiego, esas fuertes sacudidas que á cada paso atruenan nuestros oidos, esa encarnizada lucha de encontrados principios y encontradas ideas que combaten entre sí por adquirirse el dominio de una sociedad que carece de creencias, y cuyo único principio es, por decirlo así, el escepticismo, nos lo prueban hasta la evidencia. Si nuestro destino es luchar, luchar para encontrar la verdad, luchar para adquirir el bien estar, luchar en fin para levantarnos del lodazal inmundo en que yacemos sumidos. Empero para esto se necesita fé, se necesita moralidad, se necesitan creencias, y nosotros no tenemos ni creencias, ni moralidad, ni fé. Por eso han sido hasta ahora estériles nuestros esfuerzos, por eso hemos luchado hasta ahora en vano, no haciendo mas que cansar nuestras débiles fuerzas en parciales é infructuosos ensayos. El cáncer que devora á la sociedad actual no se cura con remedios empíricos ni con revoluciones y trastornos, se cura moralizándola y mejorando cada uno de los diferentes ramos que la componen. Por eso ni los Sansimonianos, ni los Furrieristas, ni los Ovennianos, ni tantos otros que han dedicado el fruto de sus meditaciones al noble fin de mejorar la sociedad, no han hecho mas que soñar presentándonos en sus bellas teorías, teorías dignas de aprecio por el objeto que las ha inspirado, dignas de estudio porque casi siempre entre la maleza se oculta alguna preciosa flor, absurdos partos de hermosas pero delirantes imaginaciones. Por eso aquesos pseudo-filantropos que bajo la interesante trabazon de una novela presentan con el mismo fin de perfeccionar la sociedad principios trastornadores, ocultando su venenosa ponzoña bajo la máscara de una falsa caridad cristiana, no hacen mas que delirar provocando una nueva revolucion social, revolucion que trastornaria todos los

Empero no por eso se crea que menospreciamos los trabajos de esos hombres; antes al contrario, recomendamos mucho su estudio, pues es á nuestro entender de grande importancia: para evitar el mal es menester conocerlo; para aprovechar el bien es necesario saber dónde se halla. No nos cansaremos de repetirlo, se necesita estudiarlos para comprenderlos, para poder refutar sus máximas, para entresacar de entre lo mucho malo, lo poco bueno que contienen.

Si tan estériles y tan perniciosas son las doctrinas de esos hombres, bellas en la teoría, pero inaplicables en la práctica, ¿qué remedio podremos adoptar para curar las lacerias de nuestro estado social? ¿Con qué remediar los inmensos males que nos aquejan, y los infinitos que nos esperan si seguimos como hasta aquí caminando á la ventura sin principios fijos, adoptando hoy lo que hemos de desechar mañana, consumiendo nuestras fuerzas en una estéril lucha? Ya lo hemos dicho, el cáncer que nos devora se cura moralizando la sociedad y mejorando cada uno de los diferentes ramos que la componen. Pero para esto es necesario que llamando á discusion todas las ideas que á ese objeto tiendan, que examinándolas á la luz de la razon, y en la piedra de toque de los eternos principios de la moral, que volvemos á repetirlo, son los únicos que pueden rejuvenecer y dar nueva vida á esa sociedad que no es mas que un cadáver galvanizado; que hallándolas ciertamente útiles á nuestro objeto apliquemos todas nuestras fuerzas á su completa realizacion, luchando para conseguirlo con cuantos medios estén á nuestro alcance, pero luchando con fé, porque sin la propia conviccion no se llega nunca á convencer á los demás. Es preciso que cuando nos hallemos seguros de la verdad de un principio marchemos con la fé en el corazon y la antorcha de la inteligencia en la mano, proclamándole con todo el entusiasmo que la conviccion produce. Es forzoso que asi como la edad media se distinguió por su espíritu religioso y caballeresco, y la fé en esos principios hizo á los hombres de aquella época acometer grandes empresas, se distinga tambien nuestro siglo por algun principio, por alguna divisa que dispertando en nuestros corazones el amortiguado entusiasmo, nos conduzca á comenzar la grande obra de la regeneracion de las sociedades.

Mas ahí está nuestro mal: nosotros no tenemos principio ninguno mas que el escepticismo, y aun en ese no tenemos fé porque nuestra divisa es la duda, prueba evidente de que hemos mamado con la leche el materialismo, triste herencia que nos legó el siglo pasado, pero prueba tambien de que el materialismo está en su período descendente, porque cuando no hay fé, cuando se duda no se está lejos de abandonar los falsos principios y de adoptar quizá otros mejores. De algun tiempo á esta parte se ha dado en proclamar como principio, como bandera de nuestro siglo la soberanía de la inteligencia, si es así, salgamos una vez del paroxismo mortal en que yacemos sumidos, tengamos fé en esa bandera, tomémosla por guia, y empecemos á luchar no con esfuerzos aislados sino uniendo los principios que ella nos suministre como á mas á los que nos han legado los siglos pasados, no imitando la imprudente conducta de los filósofos del siglo pasado á quienes su vano orgullo les hizo creerse suficientes á intentar semejante empresa despreciando y desacreditando todos los grandes principios que los siglos pasados les habian legado, intentando borrarlos de la historia del mundo, como si fuera posible que el tiempo pasase en vano, y que rompiendo los lazos que deben unir un siglo con otro colocaron á la sociedad en la pendiente de un abismo, como retrocediendo, porque en semejantes casos el retroceder es progresar en busca de esos principios para estudiarlos, y para que hallándolos útiles los unamos á los nuestros, para que formen una arma compacta con que poder luchar con la esperanza del triunfo.

Ya que nuestros padres nos han legado la triste herencia del desquiciamiento social producido por la adopcion de las ideas falsas de máximas trastornadoras, y por último el desprecio de los verdaderos prin-

rentes ramos que le componen, máximas que como hemos dicho son las únicas que pueden conducirnos á la verdadera regeneracion de las sociedades.

SABINO DE ARMADA.

Sucesos contemporáneos y Revista Teatral.

«A rey muerto rey puesto.» No solo se realiza este refran en los soberanos y príncipes por lo que hace á la sucesion de sus respectivas coronas, sino que en el dia es tambien aplicada á las correrías é incursiones que hacen á otros paises. Hoy que las tres reinas de Europa han vuelto de sus viajes, la de España á Madrid, la de Inglaterra á la isla de Wigt, y la de Portugal á Lisboa, se pone en camino la emperatriz de Rusia con direccion á Palermo, y arriba Ibrahim Bajá á Italia, y Mehemet Alí se traslada de Alejandría al Cairo, y el duque de Montpensier se dirige desde Constantinopla á Smirna y al Pireo.

Ya debe haberse empezado á plantear en Suiza la enseñanza de los jesuitas. Batallan los rusos desventajosamente en el Caucaso, donde los intrépidos montañeses forman baluarte con los cadáveres de sus enemigos, á cuya vista estos retroceden espantados, mientras sus oficiales son diezmados por preferir el honor á la vida. Ha llegado á la quinta del mariscal Soult el duque de Isly, y es probable que el general Lamoriciere le suceda en el mando de la Argelia. Ha sido nombrado conde de Thomar Costa Cabral, en memoria del honor que le ha dispensado su augusta soberana, hospedándose en su quinta. Nuestro embajador en Constantinopla ha recibido de manos del Sultan diversas condecoraciones con que han sido agraciados algunos de los ministros españoles. Tambien se anuncia que el señor Mon ha recibido el gran cordon de la Legion de Honor. Si la noticia es cierta, habremos de deducir que no solo en España se prodigan las cruces y distinciones.

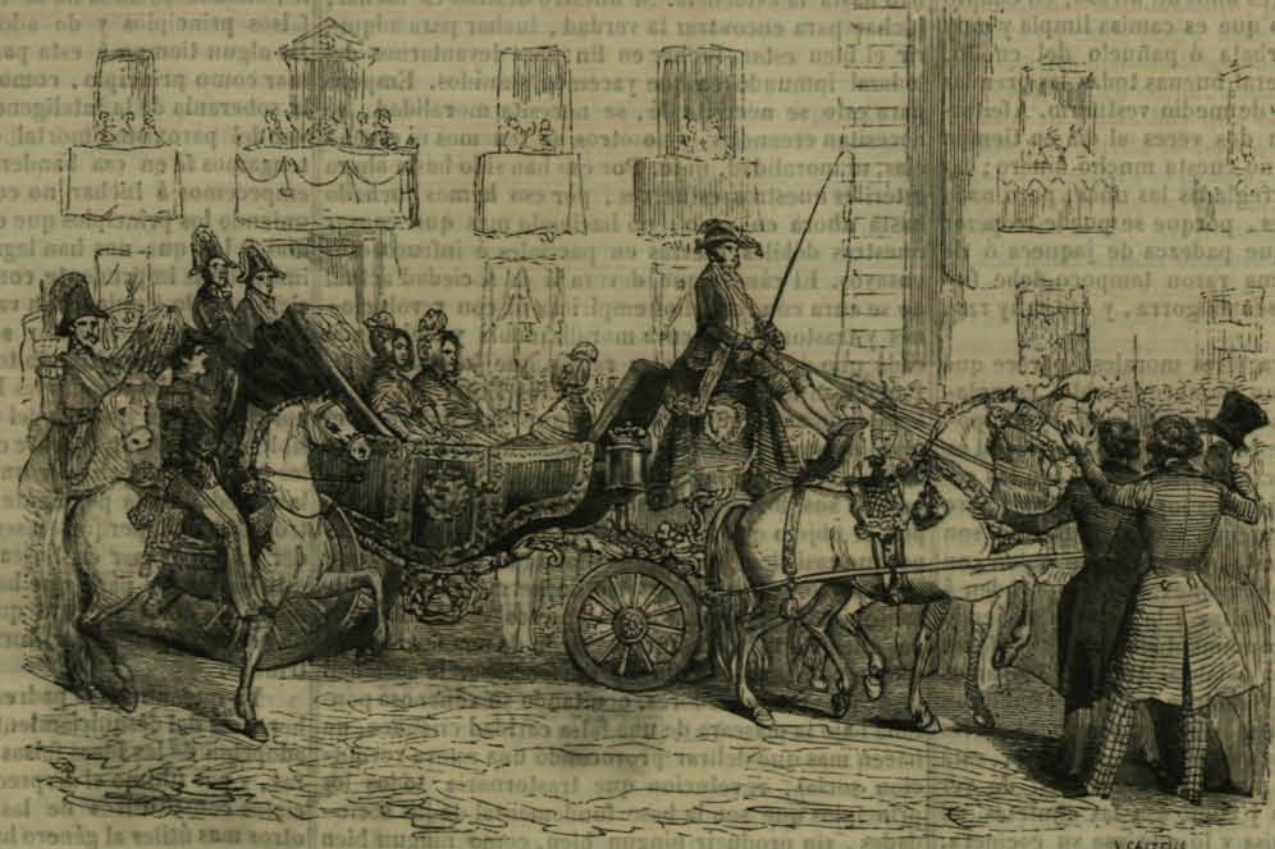
Siguen en el teatro del Circo con buen éxito las representaciones de Ondina, en las cuales recoge la Guy Stephan larga cosecha de aplausos. En el teatro del Príncipe se ha vuelto á poner en escena al cabo de muchos años de no representada, *La Conjuracion de Venecia*, drama del señor Martinez de la Rosa. Ha sido ejecutada con perfeccion por los principales actores, y la empresa no ha perdonado gasto á fin de exornarle con la propiedad debida.

Lo mas notable ocurrido en los teatros durante la última semana, ha sido la representacion del *Hernani*, por la señora Bertholini de Rafaeli y los señores Guasco, Ferri y Becerra. Esta ópera, ya conocida por haber sido cantada en dos de los teatros de la Córte, ha vuelto á llamar la atencion en alto grado, porque nunca ha sido representada con tanta igualdad ni con tan recomendable esmero. Ha lucido la Bertholini de Rafaeli su voz argentina y sonora: el señor Guasco se ha elevado como siempre á la altura de un grande artista. El señor Ferri ha gustado sobremanera: su voz de grande estension, firme y segura en los puntos altos, simpática hasta lo sumo, es la mas privilegiada de cuantas hemos oido en baritonos: Ferri se halla en toda la lozanía de su juventud: su presencia es gentil y airosa, su accion algo embarazada. La empresa de la Cruz ha hecho una escelente adquisicion con este artista. El señor Becerra obtuvo bastantes aplausos. Hablaremos en otro número con mas detenimiento de la representacion del *Hernani* y del mérito del señor Ferri. Moriani debe llegar á Madrid en los primeros dias de octubre: ya ha llegado el bajo profundo Inchindi: la compañía de ópera del teatro de la Cruz puede rivalizar sin disputa con las mejores de Europa.

Sigue animado el Liceo: el jueves último se verificó un concierto en que tomaron parte las señoras Lema de Vega, Albini, y su sobrina y Coco, siendo muy aplaudidas en las diferentes piezas que cantaron.

Ha concluido la señorita Avellaneda su tragedia Bíblica titulada *Saúl*: se la dedica al Liceo, y segun tenemos entendido piensa leerla en la seccion de literatura del mismo.

Dentro de breves dias se deben poner en escena en el teatro de la Cruz *El Templario*, en el del Circo la *Somnámbula*, en el del Príncipe el *Alonso Cano*, drama original del señor Fernandez Guerra.



Entrada de SS. MM. y A.

En el cumple-años de Emilia,

SONETO.

Brilla en el cielo el alba placentera,
Dando al orbe su luz, perlas al viento,
Y con sonoro y blando movimiento
Deslízase el arroyo en la pradera.
Las galas de florida primavera
Del verano son hoy rico ornamento,
Y al aura suelta su armonioso acento
De ruiseñores mil banda parlera.
Brindate rosicler la aurora y risa,
Ofir te ofrece sus riquezas raras,
Ambar las flores y frescor la brisa;
Salúdante del mar las ondas claras,
Y yo con firme voluntad sumisa
Mi humilde corazon rindo en tus aras.

JUAN J. BUENO.

Sanlúcar de Barrameda 20 de julio de 1843.

LA JUVENTUD.

Fresca, lozana, y odorosa y pura,
Abre la rosa en el pensil ameno;
Mas vil gusano su purpúreo seno
Taladra, apenas brilla su hermosura.
Ruge aquilon, y en su feroz bravura
El tallo rompe como frágil heno,
Y envuelta cae en el inmundo cieno
Ajada su esplendente vestidura.
Así de juventud la bella aurora
Su albor ostenta al despertar el dia,
E ilusiones sin cuento al par colora;—
Pero, ¡ay! llega la tarde mústia y fria
Qué desengaños crueles atesora...
¿Quién en sombra tan leve necio fia?...

J. A. DE LOS RIOS.

DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.—IMPRESO EN LAS PRENSAS MECÁNICAS DE D. IGNACIO BOIX, CALLE DE CARRETAS, NÚMERO 8.